

colección rúbrica



JULIO PRIETO MENDO



UNA SEMANA NEGRA EN GIJÓN

esstudio
ediciones

I

«Cualquiera puede representar cualquier cosa a la luz del día. Pero sólo por la noche, después de que el mundo se ha oscurecido, aparece nuestro yo real».

JOHN KATZENBACH

En aquel mes de agosto de 2018, Arcadio Selma aún desconocía el cambio radical que iba a sufrir su vida; una vida de la que esperaba todo menos lo que la trastocó.

Las tres de una extraña noche de calor y sofocante humedad en un segundo piso de la calle de las Cruces, en Cimavilla, Gijón. Arcadio está cansado de escribir. Decide dejarlo. Lleva muchas horas sentado ante su portátil. Lo apaga y hace lo mismo con la música que siempre le acompaña.

Todavía sentado, se despereza. Se levanta despacio, con desgana, como si su propio cuerpo le pesara como una losa. La ventana de su despacho está entreabierta. Se acerca y la abre del todo. Sube la persiana y asoma

medio cuerpo. Ni un alma por la estrecha calle. El maullido de unos gatos ahoga el silencio nocturno. Enciende un cigarrillo. Nunca fue un gran fumador. Apenas le ha dado cinco caladas —es su manera habitual de fumar, siempre cinco caladas— la ventana del primer piso de la casa de enfrente se ilumina. Ante sus ojos, una esbelta figura femenina cruza dos veces su habitación.

«¿Quién será esa mujer?».

Nunca la ha visto hasta esta noche. Ese piso lleva meses deshabitado. Debajo de la ventana aún cuelga el cartel de «*Alquilase*».

«*Parece que hay nuevos inquilinos*».

Atraído por la visión de la mujer, es incapaz de resistir la tentación de seguir observando. La curiosidad le puede. Decide hacerlo evitando la posibilidad de ser visto por ella. Se yergue, vuelve sobre sus pasos, apaga el flexo de su mesa de trabajo y regresa a la ventana. La sugerente sombra de aquella mujer se ha presentado ante sus ojos con una fuerza inusitada. No sabe a ciencia cierta por qué, pero quiere, necesita, saber más de ella. Una vez más, su voz interior, su instinto de viejo sabueso, lo llama.

Continúa asomado. No puede dejar de mirar. Se siente incapaz de despegar sus ojos de la ventana de enfrente. La sombra de la mujer camina rápido por la habitación. Se detiene. Enciende una lámpara de pie y la inclina sobre un sillón de orejas. Delante del sillón, una amplia mesa camilla sin faldón. Sobre ella, varios libros

colocados de manera desordenada. Durante unos segundos la mujer desaparece de su vista. Ahora hay menos luz en la habitación.

«Ha debido apagar la luz principal».

Segundos más tarde, ella regresa. Con parsimonia, se acomoda en el sillón y orienta la lámpara sobre su regazo. Parece muy meticulosa. Se inclina hacia adelante y se detiene largo rato mirando todos los libros que pueblan la mesa. Parece que estuviera disconforme con el desorden de los libros. Se levanta y los coloca, uno a uno, muy despacio, con mimo, unos sobre otros, hasta dejarlos en un orden concreto. Parecen impacientes por ser devorados. Por último, coge el de arriba y tras acomodarse de nuevo en el asiento, comienza a leerlo.

Arcadio sigue preso de la curiosidad. No puede dejar de mirarla. Enciende otro cigarrillo. De inmediato, da cuenta de su error. Si, por azar, ella dirigiese la mirada hacia arriba, hacia su ventana, podría verlo asomado y fumando. En la oscuridad de la noche, la llama del encendedor o la luz del cigarrillo podrían delatarlo. No se lo piensa dos veces. Sin darle las cinco caladas de rigor, lo apaga en el alfeizar y arroja la colilla a la calle. Al instante, se arrepiente de su desidia. Sin dejar de mirar, baja casi por completo la persiana. La deja un poco abierta, lo justo para dejar libres ojos y nariz y poder seguir observándola.

Se siente incómodo en cuclillas. Le duele la espalda después de tantas horas sentado ante su portátil. Se

incorpora, da unos pasos hasta la mesa escritorio, arrastra el sillón hasta la ventana y se acomoda lo mejor que puede. Toca el resorte hasta que lo baja del todo. Sus ojos ya están a la altura del hueco de la persiana. Ahora puede continuar observando todos sus movimientos sin temor a que ella lo vea.

Sigue inquieto. Pasados unos minutos, vuelve a levantarse. Coge otro cigarrillo de la cajetilla que está sobre la mesa. Se dispone a encenderlo. Al momento, se arrepiente de su nueva equivocación. Echa el sillón hacia atrás, agacha la cabeza y lo enciende. Después de darle las cinco caladas habituales, lo apaga en el cenicero de su mesa escritorio y lo deja en el suelo, a sus pies. Decide seguir ejerciendo de vigilante desde su atalaya. Sonríe. Le parece hermosa la palabra atalaya.

Ella lee con enorme avidez. No levanta los ojos del libro que tiene en las manos. Echada hacia atrás, en el sillón, las páginas se deslizan veloces por sus ojos y dedos. Por la forma en que está sentada y el modo en que cruza las piernas, se muestra como una mujer elegante, con clase.

«¿Quién será esa mujer? Nunca la vi hasta hoy. ¿Qué estará leyendo? ¿Qué libros serán esos que tiene apilados sobre la mesa? ¡Cómo me gustaría saber sus títulos!».

Ella ha dejado el libro sobre la mesita, junto a los otros, ha apagado la luz y ha desaparecido de su vista. Arcadio mira su reloj. Son las cinco, ¿de la noche o de la madrugada? ¿Es muy tarde o muy temprano? ¿Quién lo

sabe? ¿A quién le importa? Vuelve a mirar su reloj y hace un gesto de desaprobación consigo mismo. El sueño y el cansancio terminan por vencerlo. Sube del todo la persiana, deja entreabierta la ventana para que corra algo de aire y se va a la cama.

Intenta dormir. No lo consigue. La mujer del piso de enfrente sigue viva en su cabeza. No aguanta más. Se levanta y, desnudo, regresa a su despacho. Sin encender la luz, vuelve a mirar por la ventana, sin abrirla. Ella no está. Cuando se dispone a volver a la cama, ha vuelto a aparecer. Enciende la lámpara, se sienta y vuelve a leer. Arcadio no logra entender tanto ir y venir.

Comienza a amanecer. Arcadio está muy cansado. Han sido muchas horas sentado y escribiendo; un día más, una noche más. Necesita dormir, descansar. Cuerpo y mente lo reclaman con insistencia. Va a la cocina, abre el frigorífico, coge una botella de agua y regresa al dormitorio. A morro, echa un buen trago. Hace calor y la humedad lo incrementa. Con cuidado, vierte un poco de agua en el cuenco de su mano y se frota nuca y frente. Apaga la luz, abre la ventana, sube la persiana hasta la mitad y se echa en la cama. Desnudo sobre las sábanas, no puede dejar de pensar en la mujer que acaba de ver. Su imagen lo ha dejado tocado. Es incapaz de dejar de pensar en ella. Se siente un espía. Todo son preguntas.

«¿De dónde ha salido esta mujer? ¿Quién será? ¿Cómo será? ¿Qué edad tendrá? ¿Vivirá sola? ¿Por qué lee de noche o de madrugada? Nunca la he visto a plena luz del día».

Acuciado por la necesidad de saber más de ella, se complace en imaginarla de una edad parecida a la suya. Envuelto en estos pensamientos y agotado, se queda profundamente dormido.